

El Sacramento del matrimonio hecho vida

María José Arana

Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús

«El amor de mi vida has sido tú», o ¿se puede consagrar un sentimiento? Hablemos un poco del matrimonio, no solo contrato sino, para los cristianos, sacramento.

El matrimonio es un poco como el nacer y como el morir. Cada día, miles de personas nacen, miles de personas mueren, y miles de personas se comprometen a compartir la vida a dos, a darse amor y compañía, fidelidad y apoyo, posiblemente a desarrollar juntos un proyecto de familia, y, en principio, a que ese compromiso sea serio, y para siempre. Es decir, se casan.

Así enunciado, suena maravilloso; un premio de la vida, la mejor parte de ella.

El cine, las novelas, la poesía, las canciones que cantamos, o que nos cantan, todo tiene el amor, el amor de pareja, en el centro absoluto.

Pero algo pasa, que, desde hace ya tiempo, quizá una generación entera, no coincide el romanticismo y la ilusión, con las estadísticas y la realidad que nos rodea: parece ser que cada vez nos casamos MENOS. Y cada vez, de aquellos que se casan el porcentaje de los que se divorcian ES MAYOR. Es decir, lo estamos haciendo mal, quizá entendiendo mal, y le estamos cogiendo MIEDO al asunto, o en otros casos nos DESENTENDEMOS, como un disfraz que ya no va a ocultar la quimera imposible.

La vida es verdaderamente maravillosa, y es un don. Pero no es fácil vivirla. Eso pronto lo aprendemos. Desde pequeños luchamos por ser nosotros mismos, por descubrir quiénes somos y que cosas nos gustaría experimentar, y realizar en nuestro breve paso por el mundo. Pronto se insinúa, el deseo profundo de no hacer ese camino solos. Hay un hueco «de pareja» en nuestra vida que aspira a llenarse. Encontrar a alguien, especial para nosotros, que nos elija, y a quien nosotros elijamos, cuya felicidad nos importe, es decir: «quererle» y «ser querido» por él...

A eso, desde hace muchos siglos, le llamamos amor. Y parece algo muy natural y sencillo de vivir. Pero no lo es. Para empezar, no es seguro que aparezca en nuestras vidas. Y cuando aparece, vienen con él, infinitas turbaciones, cambios, decisiones, replanteamientos, y un perfume mezcla de miedo y de la más pura felicidad. El cóctel es explosivo.

Siempre hemos querido, la humanidad ha querido SUJETAR ese estado vaporoso y vital, de alguna forma, por eso el matrimonio, con toda su historia y todas las leyes y tradiciones que lo han formado y definido, es realmente y absolutamente PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD.

Instinto profundo, misterio del origen de la vida, cercano a la muerte y al cambio, cada generación humana lo ha vivido como la expresión más indomable de su anhelo de ser feliz, y a la vez, lo ha padecido, en lo que ha tenido siempre, de imperfecto, de arriesgado, de inseguro y de apasionante... COMO LA VIDA MISMA.



Los que esto escribimos, y los que esto leemos, resulta que somos cristianos.

Es una circunstancia, que como sabemos IMPRIME CARÁCTER a toda nuestra vida.

Ser cristiano es «vivir a la cristiana», «amar a la cristiana» y «casarse a la cristiana».

YO, con mi nombre y apellidos, y con mi vida a la espalda, soy ciertamente cristiana, o intento serlo y en ello estoy, y «soy casada» desde hace ya cuarenta y tantos años. Mi marido vive y nuestros cinco hijos, también.

En el año 2008, una buena amiga mía, religiosa, teóloga, escritora y con varios cargos de responsabilidad en el ámbito de la mujer y la Iglesia, me ofreció colaborar con otras mujeres, y escribir entre todas un libro «En clave de mujer...». En él ofreceríamos una visión desde la mujer de hoy, creyente, de cada uno de los sacramentos de la Iglesia. De mí solicitaba que me ocupara del sacramento del matrimonio. Le argumenté que yo no había realizado estudios de teología, pero me contestó que me consideraba suficientemente preparada en la teología de la vida, y que necesitaba una «profesional del matrimonio».

Acepté, y el libro se publicó, bajo el título de «Cuando los sacramentos se hacen vida»... Bien, hasta aquí. Luego, empezaron a llegar

las críticas y los comentarios y el que más me ha hecho reflexionar, y por ello constituye mi «SEGUNDA INTRODUCCION NECESARIA» al tema, es el siguiente:

«Mira, está muy bien lo que dices, pero, en realidad está dedicado a LOS CREYENTES. ¿No podrías escribir algo similar, para tanta gente que lo necesita, que está muy despistada e insegura, pero que NO ES CREYENTE?».

Este comentario, me lo han hecho desde muchos ámbitos diferentes: gente de veinte años, enamorada, recién casados luchadores, abuelas preocupadas, qué se yo...! Y mi respuesta, escuchando sus razones, ha sido siempre NO.

Y la razón es muy simple: pienso como pienso, y he vivido como he vivido, porque SOY CREYENTE. Seguramente, si no lo hubiera sido, mi vida hubiera sido muy diferente, y mis ideas y mis expectativas, serían muy diferentes.

El Evangelio no es un libro de autoayuda. Los cristianos no somos unos psicólogos de andar por casa. Lo específico de los cristianos es que creen en el Señor Jesús.

El matrimonio cristiano tiene TODO en común con el matrimonio de los no cristianos, porque esencialmente, el matrimonio sacraliza el amor, donde quiera que esté. Pero le añaa-

de algo que le es específico: tiene como garante y compañero del camino, al SEÑOR JESÚS.

Y eso, creedme, en el día a día de la vida LO CAMBIA TODO. Entre otras cosas, cambia el valor del corazón, la forma de mirar el porvenir, la forma de recordar el pasado, la forma de vivir «a dos», y claro..., al final, cambia la forma de pensar, y muy seguramente, los resultados.

Ver [mirada creyente]

Una revista que suele llegar a casa, llamada «NUESTRO TIEMPO», en su número 666, correspondiente a Enero y Febrero de 2011, y en un artículo de portada, que tituló «La epopeya del matrimonio» recogía los testimonios de nueve parejas, que habían celebrado ya sus Bodas de Diamante (o sea 60 años de matrimonio por lo menos!!) Si podéis localizar ese número, os lo recomiendo, por lo sencillo y como antídoto de complicaciones mentales al respecto.

De todos los comentarios que aparecían hubo uno que me pareció de lo más real y verdadero: le pregunta la periodista a una pareja, casada en 1949; él, Feliciano, toda la vida albañil; ella Yugo, empleada de una panificadora, dos hijos; ¿qué consejo «trascendental» dieron a sus hijos cuando éstos se casaron?: la respuesta fue, «que no les dieron ninguno: ... YA NOS VEN». Dijo Feliciano.

Por eso, aquí no podemos reunirnos para usar la experiencia y la buena voluntad. En el matrimonio, a cada cual le espera su propia historia, y no la del vecino, pero a los cristianos nos acompaña la certeza, de que sea cual sea nuestro camino, el Señor caminará con nosotros. Su gracia estará apoyando nuestro pequeño amor, tan frágil, y se hará efectiva siempre, bastará apoyarnos en ella. Por eso hablamos de SACRAMENTO.

A la hora de VER una situación, un estado de cosas, hay que intentar mirar a los dos lados, como antes de cruzar una calle con mucho tráfico, sin despreciar ninguna evidencia, aunque sea dolorosa. Porque si es real, si se da, alguna causa tendrá. Vamos a buscarla. Tampoco despreciemos la verdad de tantos amores humildes, nada famosos, pero reales, y cálidos. Preguntémonos entonces: ¿cómo lo hicieron?

Esto es especialmente necesario al ver la situación del matrimonio actualmente en nuestro país, (dejamos aparte otros países, otras culturas). Es difícil no caer en el más profundo desaliento. Yo vivo en Mallorca, una bellísima isla, cruce de culturas, de razas, nacionalidades, y religiones. Un poco como, me imagino que debía ser, aquella Corinto de Grecia que evangelizó, tan difícilmente, nuestro San Pablo.

Aquí la gente se enamora mucho, se casa poco, se casa a partes iguales «por lo civil» y «por la Iglesia», pero sobre todo, desgraciadamente, se divorcia mucho, y se divorcia pronto. No sé vosotros cómo lo veis en vuestro ambiente, aquí las cosas están así... y empeorando.

Cuánto sufrimiento, cuánto no entender el sentido de un fracaso, cuánta quiebra económica, cuánta angustia y soledad, cuánta inseguridad en uno mismo, cuánto niño triste, cuántos planes descabellados, cuántos argumentos que no se sostienen, cuántos proyectos sin base...





Yo he sido testigo directo, muchas, demasiadas veces.

La burbuja inmobiliaria de la casa construida sobre arena.

Yo siento un inmenso respeto por todos los que han sufrido un fracaso matrimonial. Especialmente si hay niños, no puedo imaginar nada más doloroso y sí puedo imaginar cuantas horas y días de pasarlo muy mal llevarán ya vividos cuando la decisión de la separación o el divorcio se realiza.

La Facultad de Derecho de la Universidad Balear, organizó una conferencia para hablar sobre derecho canónico y matrimonio. El ponente era catedrático de dicha materia por ICADE, y según nos dijo había intervenido profesionalmente, en más de seis mil causas de anulaciones y separaciones matrimoniales, de parejas católicas. Se le hizo la pregunta «del millón». Cuál era, a su juicio, después de tan tremenda experiencia, la causa o causas que más se repetían en dichos fracasos matrimoniales, y nos contestó: «son dos, preferentemente: la mala elección de pareja, y el desconocimiento de lo que verdaderamente es el matrimonio». Creo que merece la pena reflexionar esta respuesta.

VER también lo que permanece, no hace ruido, es poco brillante, pero es vida real.

Tenemos muchos ejemplos cerca. Es cierto que la normalidad no es noticia. Que, como contaba el viejo Padre Coloma en sus cuentos, «el hombre feliz no tenía camisa». Pero propongo un ejercicio de observación de «logros en pareja», es absolutamente imprescindible, y por cierto, nada fácil.

¿Dónde están los modelos?

Nuestra Iglesia, no ha ido mucho de «santos casados». No porque no los haya, ¡atentos!, sino porque quién se va a molestar en analizar y proclamar la santidad del cada día, de la fidelidad, la tarta de cumpleaños, y de las facturas incesantes, y los calcetines sucios... De las noches de amor encendido y los partos, de los silencios y las enfermedades, de la vida misma. Y sin embargo...

La lista de santos casados discurre preferentemente por caminos de vidas insólitas en las que el matrimonio forma parte circunstancial, pero no esencial, en su proclamada santidad. Pensemos en Isabel de Hungría, en Brígida de

Suecia, en Rita de Casia, en su proceso de santidad, lo que cuenta es lo que hicieron «cuando su matrimonio terminó».

En el pontificado de Juan Pablo II se percibe esta falta de «exaltación del mismo estado de matrimonio con lo que conlleva o puede conllevar» a los altares, y nos ofrece modelos como Santa Juana Beretta Molla, fallecida en 1962 después de dar a luz en circunstancias heroicas. O como los padres de Teresa del Niño Jesús, el Doctor Martín y su esposa. Profundamente cristianos, padres de cuatro religiosas carmelitas.

Actualmente, Benedicto XVI, en la segunda parte de la cristología que está publicando bajo el nombre «JESUS DE NAZARET», y en su último capítulo que denomina «PERSPECTIVA», habla de una «venida intermedia» del Señor, que prepara al mundo para su venida definitiva, y que pide nuevas modalidades de santidad para ayudar a realizarse, y dice así:

«Pero hay también modalidades de dicha venida que hacen época. El impacto de dos gran-

des figuras —Francisco y Domingo— entre los siglos XII y XIII, ha sido un modo en que Cristo ha entrado de nuevo en la historia, haciendo valer de nuevo su palabra y su amor; un modo con el cual ha renovado la Iglesia y ha impulsado la Historia hacia sí. Algo parecido podemos decir de las figuras de los santos del siglo XVI: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, llevan consigo nuevas irrupciones del Señor en la historia confusa de su siglo, que andaba a la deriva alejándose de Él. Su misterio, su figura, aparece nuevamente; y, sobre todo, se hace presente de un modo nuevo su fuerza, que transforma a los hombres y plasma la historia»... «Y ¿por qué no le pedimos también que nos dé hoy nuevos testigos de su presencia, en los que Él mismo se acerque a nosotros?».

Personalmente creo que nos llama a un testimonio personal que coloque al Señor en el vivir de cada día, y en presencia del amor humano, y nos vaya transformando en sal, en luz y en levadura.

Juzgar [reflexión creyente]

Una gran militante cristiana, amiga de mi juventud, cursillista de cristiandad, esposa enamorada y madre de varios hijos, hablaba de su experiencia de casada. Había quedado viuda, su marido muerto en accidente de coche, y como pareja eran conocidos como un «gran

matrimonio». Hablando del tema, me sorprendió entonces, al decirme con energía: «Mira, el hombre y la mujer somos como dos ladrillos, y si Cristo no está en medio de ellos, actuando como cemento, no hay nada que hacer».

El Señor, a lo largo de los textos evangélicos, habló poco del matrimonio. Y siempre a requerimiento de alguna casuística moral que le proponían. ¿Recordáis? Os propongo un trabajo de rastreo, de cuantas ocasiones y en qué contexto Jesús se refirió al matrimonio. Pocas veces.

Y sin embargo habló muchísimo del amor. Eso es así, y ya nos sirve para encarar nuestra vida de enamorados, o de casados, con su palabra.



El sacramento del matrimonio es el del «amor hermoso». El primer don que se nos hace. De la presencia del Señor junto a nosotros, podemos esperar una consolidación, una inmensa ternura por su parte cuando nos mira enamorados, como dice el poema:

*«Y sonrío al hallarnos,
tan buenos y obedientes
bajo la luz, jugando,
niños juntos, inermes.»*

Y podemos esperar una transformación como en Caná, del agua clara de nuestro amor, en un vino vigoroso, capaz de calentarnos y alegrarnos el camino.

Es evidente que El Señor es nupcial con los suyos: «Uno que me ama, hará caso de mi mensaje, mi Padre lo amará, y los dos vendremos a él, y viviremos con él» (JN. 14-24). Hay toda una lectura nueva del Evangelio para realizarla desde el matrimonio: hay un evangelio del ama de casa, del padre que trabaja por los suyos, y el pan de cada día, de la familia amplia y quizá problemática, de los agobios económicos, de las enfermedades de

los nuestros, de la amenaza de los poderosos del momento. Todo puede transformarse en gracia.

Indudablemente, falta también EDUCACION SENTIMENTAL. No identificamos bien los sentimientos. Necesitamos no engañarnos a nosotros mismos y no dejar que nos engañen. Como decía aquel viejo matrimonio, triunfador de tantos años «...ya nos ven...». Es cierto que la mejor educación sentimental es el ejemplo vivido ante nuestros ojos. No permitir que nos eduquen las novelas tontas, las películas irreales (¡cuánto daño hacen, por lo falsas!) los artículos «técnicos» de paco-tilla de las revistas. La travesía es larga, y puede tener pasajes difíciles, es necesario tomarse muy en serio la preparación para vivir el sacramento, y también para haciendo un alto en el camino, reciclarse, con mucha paz.

Uno de los argumentos más actuales, para romper una pareja, es cuando uno de los dos dice «ya no estoy enamorada, o enamorado, de ti». Y ¡ya está! Con eso se justifica el final.

La ciencia actual ha descubierto la composición química y hormonal del deseo sexual, y le ha puesto una fecha de caducidad. Y muy breve. En consecuencia, muchos sin ir más lejos, van a la teoría «si esto es así, no merece la pena hacerse muchas ilusiones, el amor es necesariamente pasajero, y muere muy mal, y pronto». Es decir la teoría de la persona de «compañía pasajera» o de «usar y tirar».

El amor del cristiano es mucho más que esto. Porque no depende de las hormonas, sino de la voluntad. Porque es, «sin





condiciones», y no para «según vayan las cosas».

Por eso, la Gracia. Por eso, el sentido del humor. Por eso, el valor, y la imaginación al poder. Por eso, el cemento de Cristo. Por eso es un Sacramento.

Hay que tener un proyecto en común: vivir juntos, o sea «con-vivir», y creer en él.

Y colocar el miedo en su sitio: el miedo al fracaso, a la soledad, a la infidelidad del otro, como el dolor, son sistemas de alarma. Son relojes despertadores para no dormirse. Y como tal tienen su función. Pero me duele en el alma, como «profesional del matrimonio»

ver parejas que ya dan por hecho antes de empezar, que su castillo va a ser de naipes.

Cuando la casa se edifica en roca, las tempestades no la derriban. Cuando el Señor duerme tranquilamente en el fondo de la barca, las olas no la hacen naufragar.

Y hemos de juzgar como algo positivo, el mismo sufrimiento. Es compañero de viaje de todas las vidas. Es purificador y hace crecer. Es normal. No hay que pensar que porque se sufre esto o aquello, es porque somos más tontos que los demás o nos lo hemos montado mal. Pocas cosas unen tanto en la vida, como el sufrimiento. Pocas cosas mejoran tanto el corazón de una persona como el dolor, si se vive en la paz de Dios.

Actuar [reflexión creyente]

En este tema concreto, ACTUAR, es seguro, ir a contrapelo de lo que se vende en todas las esquinas.

Pero sabiendo que nos jugamos la felicidad personal y el éxito del proyecto de vida que «mueve más montañas».

En este tema concreto ACTUAR, es, creo yo, vivir el amor que cada uno tiene a mano con alegría, porque «sabemos de Quien nos estamos

fiando», y porque la alegría se nota, y genera preguntas en los que van con nosotros, la familia, la pandilla, los compañeros de trabajo...

ACTUAR: tiene que ser, FORMARSE, no pensar que lo sabemos todo, sino incesantemente traer al nido todo lo que puede alimentarnos, como hacen los pájaros.

Tiene que ser INFORMARSE, porque nuestro amor, como quiera que lo vivamos tiene que


«globalizarse» y vivir abierto al mundo. Saber qué pasa, en la política, en la economía, en la Iglesia, en las otras iglesias.

Tiene que ser CONTRADECIR, con argumentos, y no aceptar toda la filosofía de fatalismo, de relatividad y de egoísmo. Hay toda una generación de chicos y chicas que solo aspiran a una vida de «alto standing», con un coche de «alta gama», hacia un piso «de diseño», y algún viaje «exclusivo», y que se dan de bruces con la vida.

Y finalmente: ACTUAR, tiene que ser hacer de la oración, un hábito de complicidad, una «guiñada de ojos» al Señor, que sabe de lo que tratamos, y un enfoque «matrimonial» muy especialmente, de otros dos Sacramentos de vida:

La PENITENCIA. Porque ese sacramento tan poco valorado actualmente y tan «poco correcto» en esta sociedad de autosuficientes, transforma positivamente las experiencias desalentadoras del matrimonio, y hace más fácil aceptar los fallos y defectos del otro, y aceptar ser visto como defectuoso y falible, por el otro.

Es lo que hace que el matrimonio cristiano sobreviva a los imprevistos y fragilidades de cada corazón humano.

Y LA EUCARISTIA: el Padre Henry Caffarel, fundador de los famosos equipos de matrimonios de Nuestra Señora, en Francia, decía ya hace muchos años: «El matrimonio es la admirable invención de Cristo para que la Eucaristía sea vivida a dos». 

Título: Cuando los sacramentos se hace vida

Colección: En clave de mujer

Autora: María José Arana

Editorial: Desclée de Brouwer – DDB

Sinopsis del libro realizada por la autora:

No cabe duda de que existen muchos y muy buenos tratados teológicos sobre los Sacramentos en general y sobre cada uno de ellos en particular; por eso, quizás, no sea necesario seguir insistiendo en el ámbito teórico.

Pero la vivencia de los sacramentos desborda su teoría porque implica —o por lo menos debe implicar— la existencia entera de quien los recibe, con recovecos y avatares. Ahora bien, no suele ser habitual recibir información teológica y espiritual de los sacramentos basándose principalmente en la experiencia, reconociéndolos desde la propia vida. Por eso, para elaborar este libro hemos reunido a las personas idóneas —casi en su totalidad mujeres—, gente con formación teológica y cultural com-

petente, que ha experimentado, además, de una forma especial, alguno de los sacramentos.

María José Arana: Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús. Doctora en Teología y Diplomada universitaria en Sociología por la Universidad de Deusto. Ha sido encargada de la Parroquia de Aranzazu, Vizcaya, y Presidenta del Fórum Ecuménico de Mujeres Cristianas de Europa. Pertenece también a otros grupos de mujeres cristianas, como el Foro de Estudios sobre la Mujer (FEM).

